México y Estados Unidos

Problemas de lenguas y cultura

Jaime Labastida

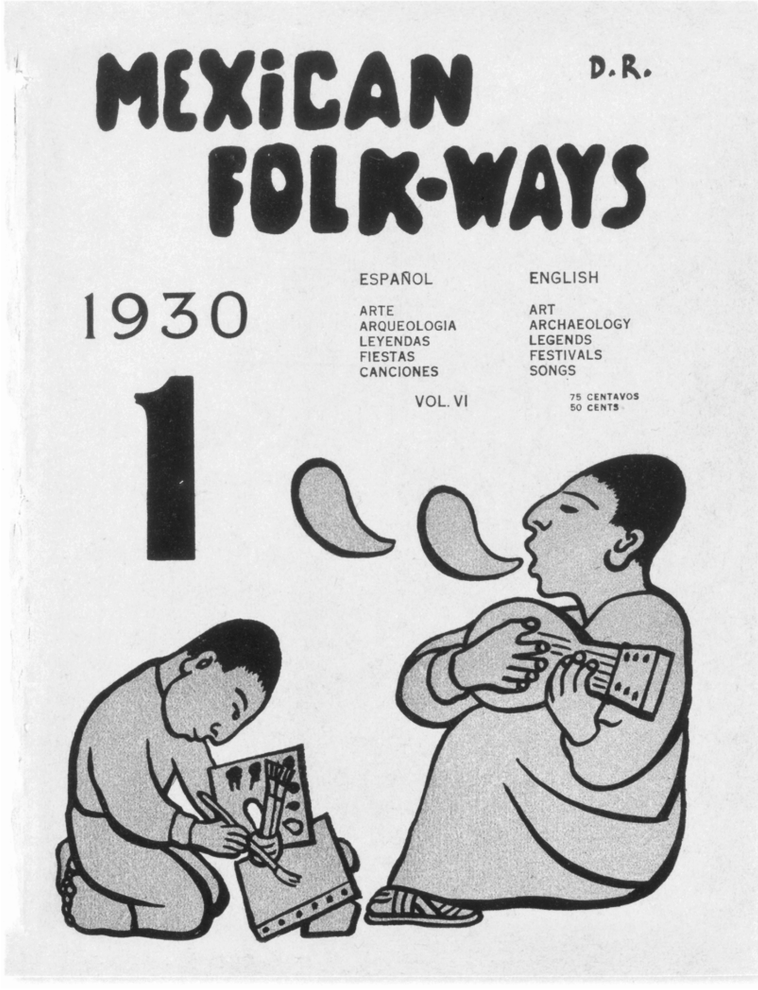
¿Qué define a la frontera de México y Estados Unidos? ¿De qué forma la relación con nuestros vecinos incide en la reflexión sobre la identidad? Jaime Labastida se acerca a estas preguntas en un ensayo leído en el Congreso Mazatlán Forum, Crossing Borders —que tuvo lugar en marzo pasado— y con el que aporta elementos para examinar un tema de actualidad social y económica.

El título con el que se convoca a este congreso semeja, en su propio enunciado, el intento de mostrar (y acaso, ¿por qué no?, de superar) una contradicción. *Frontera* es, de acuerdo con los diccionarios, una línea *imaginaria* (*real*, en muchos casos, en particular cuando levanta un *muro*) que marca el *límite* entre dos Estados. *Frontera* indica, por consecuencia, el *borde* (en el sentido geográfico de *final*, de *término*) de una nación ante (¿o frente?, ¿o contra?) otra. Muestra aquello, pues, que *determina* o *separa* a una nación, como si fuera un *abismo*, de la que está al lado. Señala, pues, el *límite* hasta donde obra la *soberanía* de un Estado.

Podrá parecer extraño lo que diré a continuación. Pero lo mismo sucede con la tarea lógica que eleva *definiciones*, porque la definición marca un límite entre los conceptos. Los llamados principios lógicos supremos indican, precisamente, una *frontera conceptual* entre los objetos. El *principio de identidad* indica que todo ente es *idéntico a sí mismo*; se expresa con una tautología (de acuerdo con Wittgenstein, la tautología *es incondicionalmente verdadera*). Lo asombroso es que, desde hace algunos años, el *principio de identidad*, propio de la lógica formal y de la metafísica aristotélica, ese principio que se enuncia (y que se escribe) *a=a*, se haya trasladado desde la lógica rancia y la ontología caduca a la política y a las ciencias sociales y que se nos proponga como si fuera un principio revolucionario. En la ontología y la lógica tradicionales, como se sabe, el *principio de identidad* se asocia directamente al *principio de (no) contradicción*, que dice que *es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo*, cuando se enuncia bajo la forma de un principio ontológico, y *no a la vez p y no p*, si se enuncia como un principio lógico. Se advierte que estos principios, ontológicos o lógicos, tienden a mantener fijos y sin movimiento todos los objetos (sean éstos reales o conceptuales).

¿Por qué estos principios, reaccionarios, limitados desde todos los puntos de vista y que vienen de una concepción que impide cualquier tipo de cambio, se proponen hoy como si fueran principios revolucionarios y se dice, por ejemplo, que es necesario *conservar nuestra identidad*? Un país, pregunto, ¿tiene una *identidad*? Una nación, ¿es *idéntica a sí misma*? La patria, *¿carece de contradicciones internas*? Sólo si permanece quieta, sólo si no avanza, sólo si no se desarrolla.

La Edad Moderna combatió, ya se sabe, estas concepciones obsoletas. Así, Spinoza escribió: *Omnis determinatio negatio est* ("toda afirmación es una negación"). En efecto, si digo: *Esto es mesa*, establezco su límite y determino, al propio tiempo, que *no es silla ni ningún otro objeto* (real o lógico). Esto no fue suficiente, empero. Fue necesario ir más allá. De esta suerte, Leibniz postuló otro principio, opuesto al principio de identidad: el *principio de la diferencia absoluta* (lo llamó *principio de los indiscernibles*). Leibniz sostuvo que no hay ningún evento, en la naturaleza, la sociedad o la lógica, idéntico a otro; que dos gotas de agua, vistas al microscopio, se revelan como diferentes. Multiplicó las *aes* y, por lo tanto, postuló el principio de la relación. No existe un solo evento (natural, social o lógico) que esté aislado; todo está en contacto con todo.



Hegel sostuvo que, igual en el caso de la *conciencia* (tema que desarrolla en la *Fenomenología del espíritu*) que en el de la sociedad (que trata en la *Filosofía del derecho*), había necesidad de entrar en relación con el *otro*: la *conciencia* se vuelve *autoconciencia* si emprende una lucha para ser reconocida, o sea, cuando establece un combate por su *libertad* (en la famosa dialéctica entre *Señor y Siervo*). De esta manera, el Estado, según Hegel, tampoco está completo si se aísla: necesita dar una lucha para ser reconocido (por medio de las relaciones diplomáticas o la guerra). Por lo tanto, el *principio de identidad* está completo sólo si lo acompaña su opuesto, el *principio de la diferencia absoluta*. Levanto estas premisas, aquí y ahora, para avanzar en lo que deseo formular.

No puedo ocultar, en modo alguno, que mis propuestas poseen un sentido opuesto a las que hizo, en 1900, José Enrique Rodó. Según el pensador uruguayo, habría que oponer, a las ansias materiales de Calibán (representadas, en último término, por las actitudes materialistas, democráticas y meramente numéricas de Estados Unidos), la serena y majestuosa libertad espiritual de Ariel, genio del aire. Rodó llamó *nordomanía* al afán de imitar la conducta estadounidense. Había, en la posición de Rodó, un desprecio, implícito y explícito, a la vulgaridad *yanqui* a la que se debía enfrentar la aristocrática actitud latinoamericana. El estadounidense sería *civilizado*; el latinoamericano, *culto*. Ha transcurrido poco más de un siglo desde que Rodó sostuvo aquellas tesis, que dejaron una huella profunda en los jóvenes de América. ¿Qué ha sucedido, desde entonces? Estados Unidos, ¿es una nación sólo *civilizada*? Ha producido una mayor cantidad de Premios Nobel de Literatura, sin duda alguna, que todos los países de América Latina juntos, por no hablar, además, de sus Premios Nobel de ciencias o de economía. Es cierto, en el inicio compró arte, genios, cultura; empero, aquella primera acumulación, al parecer tan sólo de orden material, se convirtió luego en una producción al mismo tiempo originaria, propia.

¿Qué intento decir? ¿Adónde conduzco mis premisas? La llamada imitación extralógica es, por supuesto, nociva. Sin embargo, es conveniente advertir que todo pueblo *imita*, mejor dicho, *asimila* sólo aquello que está a punto de inventar por sí mismo. Añado que un pueblo *asimila* de otro lo que se amolda a su carácter, a su historia, a su lengua, a sus costumbres y, por ende, lo que se asimila asume en el pueblo que así lo hace un carácter diferente, en muchos de sus matices, a lo que se importó (o que se imitó).

Desde que los países de América Latina lograron su independencia frente a los imperios español y portugués emprendieron una ruta para diferenciarse de las estructuras políticas y económicas de España y Portugal, atrasadas y obsoletas al compararse con las estructuras

dinámicas, modernas, capitalistas, de Inglaterra, Francia o Estados Unidos. Es de suyo obvio que España y Portugal habían cerrado, a piedra y lodo, las fronteras de lo que hoy llamamos la América Latina y que impedían la entrada tanto de mercancías cuanto de ideas en el subcontinente. La independencia trajo un aire fresco, renovado, a todos nuestros países. Desde luego, multitud de críticos hizo burla de esos afanes de *modernización* o de *actualización* (de lo que se llamaría hoy *globalización*).

Cuando México y Brasil, hacia finales del siglo XIX, asumieron la filosofía positivista o la teoría evolutiva de Herbert Spencer, sobró quien se mofara de esos intentos, que consideraba ridículos. Empero, se debe decir que en esos intentos yacía la necesidad de romper con las estructuras caducas de la escolástica; que se imponía una educación moderna, apoyada en la ciencia. A esa actitud moderna se opuso una corriente espiritualista, reaccionaria en el fondo, que en México estuvo representada por los miembros del Ateneo de la Juventud, entre otros, por Antonio Caso y José Vasconcelos.

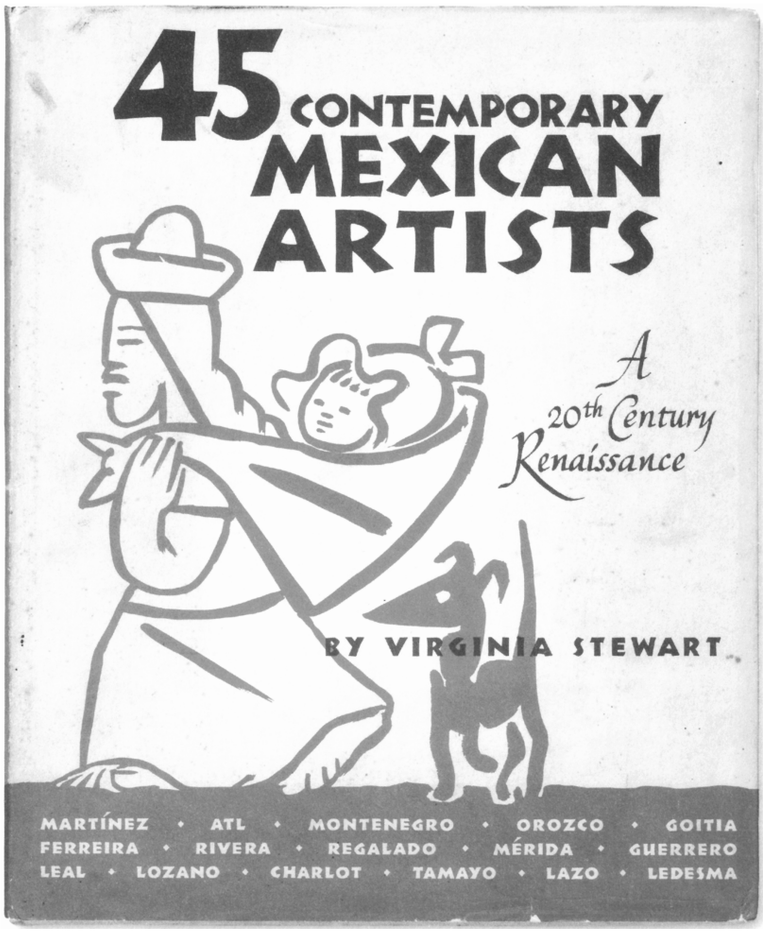
¿Modernizarnos, sin perder nuestro carácter? ¿Cómo, de qué manera? Creo que, de entre las instituciones que heredamos de España (la monarquía política que separa a los miembros de la sociedad entre soberano y vasallos o la religión católica), queda viva, actuante, resplandeciente, sola, la gran institución, digo, la enorme herencia de nuestra lengua, la lengua universal que es el español.

Ahora bien, México no es sólo la frontera de sí mismo con Estados Unidos. Es, además, la frontera de todo el subcontinente latinoamericano: indica el límite entre dos lenguas, entre dos culturas, entre dos concepciones, incluso opuestas, del mundo. Estados Unidos es la cuna del pragmatismo, la nación más opulenta del planeta. Latinoamérica sigue siendo una zona marginal, llena de contrastes. México es aún, como lo observó Alejandro de Humboldt en 1804, *el país de la desigualdad*. Cuando los trece estados de la Unión Americana obtuvieron su independencia, en una porción de territorio que era la décima parte de la que poseía la Nueva España, había en ella la misma cantidad de habitantes: unos cinco millones. Estados Unidos se expandió hacia el norte y hacia el sur; pero, sobre todo, hacia el occidente, hacia donde cae el Sol. Los inmigrantes cruzaron las Montañas Rocallosas y avanzaron hasta el río Misisipi que durante muchos años fue su frontera natural. Compraron la Luisiana, un territorio que iba desde los Grandes Lagos hasta Nueva Orleans; luego, la Florida. Invadieron México y nos arrebataron más de la mitad de nuestro territorio. Todo esto es cierto, pero, ¿a qué sumar agravio tras agravio? La frontera está allí, desde hace más de siglo y medio. ¿Para qué rumiar derrotas? ¿Para qué asumir el papel de víctimas? Es preferible ver hacia delante, romper las ataduras que lastran el desarrollo de nuestro

pueblo. Hay que transformar la dependencia en interdependencia.

Por esa causa, llama la atención la convocatoria de este Seminario que, por lo visto, busca otra cosa: en vez de *marcar un límite*, *levantar un muro*, *elevar una barrera*, *cerrar una puerta* o *detener el flujo* de todo tipo entre nuestros dos países, este congreso intenta, por el contrario, así lo indica su título, según creo, *traspasar las fronteras*. Esto querría decir que las fronteras han de ser concebidas como algo poroso, transparente, como una gasa que se puede atravesar, acaso sin conflictos. Porque hoy esa frontera es motivo de conflictos. Es la línea divisoria que más veces se cruza, en un sentido o en otro, cada año, en el planeta entero.

Hay un inmenso, un intenso flujo de recursos humanos que va desde México hacia Estados Unidos. Los países más desarrollados atraen hacia sí fuerza, barata, de trabajo. Los trabajadores mexicanos y centroamericanos son vejados en EUA, sin duda alguna. ¿Quiénes son los culpables de este maltrato? Me atreveré a decir que nosotros mismos, en la medida en que no hemos sabido crear, en el territorio nacional, las fuentes suficientes de trabajo para nuestros obreros y campesinos. De igual modo que Estados Unidos atrae capital-trabajo hacia



su interior, las ciudades mexicanas atraen la población rural hacia ellas: los campesinos se vuelven obreros. El proceso es irreversible. *La superficie de la patria ya no es el maíz* ni *el cielo está cruzado por las garzas en desliz ni por el relámpago verde de los loros*. La superficie de México, hoy, está cubierta por rascacielos y por fábricas (cada día debiera haber más talleres de manufactura, modernos, sin duda eficientes, robotizados, apoyados incluso en los principios internos de la organización del taller, tal como sostiene el sistema económico Toyota, por el cual Taïchi Ohno *ha pensado al revés* la herencia occidental que arranca de Taylor y de Ford: *el obrero múltiple, el inventario cero, la producción justo a tiempo*). Gracias a que ha puesto en práctica el sistema Toyota, la producción japonesa de automóviles desplaza, incluso en Estados Unidos, ahora, a la industria automotriz de Chicago y Detroit. Estados Unidos sufre, en sus propias entrañas, lo que ha hecho sufrir al planeta entero, a lo largo del siglo XX. México no padece por tener un desarrollo distorsionado; padece por falta de desarrollo; hay que romper *usos y costumbres*, las reglamentaciones obsoletas que impiden crecer las fuerzas productivas, a manos llenas.

Pero el conflicto mayor entre nuestras naciones está marcado por el grave trasiego de las drogas. Al contrabando de armas, mercancías o personas, se añade hoy el de los narcóticos. ¿Cómo detener ese flujo ilícito de estupefacientes? ¿De qué modo evitar el tránsito de la droga hacia el país que consume más estupefacientes en el mundo? ¿Por qué los consume? ¿Qué paradigma cultural se ha levantado allí, que obliga a la juventud a buscar salidas fáciles?

Aventuro una hipótesis. En amplios sectores de la sociedad estadounidense, la vida es concebida al modo de un espectáculo, mejor aún, como si se tratara de un inmenso parque de diversiones. Se ha nacido para gozar. Se ha creado, insisto, en grandes núcleos de esa sociedad, una mentalidad en cierto modo infantil. Parecen adultos que se negaran a crecer y tuvieran como norma hacer de todo el planeta una *Disneyland*. El actual sistema económico permite que, cada día, se produzca más en menos tiempo; que, por lo tanto, bienes y servicios sean cada vez más baratos; que la riqueza acumulada sea cada vez mayor; que la fuerza de trabajo se reduzca, proporcionalmente hablando, frente a las máquinas, que ahorran trabajo; que, por lo mismo, crezca, año con año y de modo irreversible, el tiempo libre y decrezca el tiempo de trabajo necesario. Llegamos, pues, a un límite, aquel que T. S. Eliot llamó *la tierra baldía, The Waste Land*. Habrá que llenar este tiempo libre, cada vez más amplio, con algo diferente a la diversión inútil, sea el alcohol o la droga. ¿Esto es posible? Lo ignoro. Sólo sé que en este asunto radica, creo, el problema mayor de la historia del mundo actual, nuestro mundo, imperfecto, duro, amado siempre. **u**